



LA BELLA DURMIENTE

Aunque aquel rey no era supersticioso, por seguir la costumbre de la familia consultó a los videntes en el nacimiento de su hija. Estos le auguraron que la princesa llegaría a gobernar, cosa que le pareció excelente al soberano, pero que podía existir un grave problema: que entonteciera antes de ser reina.

Nuestro monarca no creía en las profecías, pero para curarse en salud, y por lo que pudiera ocurrir, decidió que desde ese mismo momento evitaría a su hija la posibilidad de entontecer.

La cosa, claro está, no era sencilla. Existían riesgos biológicos y de otro tipo, pero el rey sabía cual era la gran fuente de idiotez en su dominios, y determinó alejar de ella a su hija. Así ordenó que bajo ninguna circunstancia y en ningún momento la princesa pudiera ver la televisión.

La princesa creció, y fuera por la precaución de su padre, o bien por la propia naturaleza, el caso es que su criterio parecía alejado de cualquier suerte de debilidad mental. Tan era así, que llegado el momento el rey decidió abdicar y elevar al trono a su querida y sensata hija.

La noche previa a la coronación, la todavía princesa quiso, en un raptó de cariño, ver a su vieja nodriza, y en secreto y por sorpresa la visitó en su casa.

Y allí, en un rincón, la futura reina se encontró con un artilugio que en su vida había visto: un aparato de televisión. Estremecida por el descubrimiento, olvidó a su nodriza y puso toda su atención en lo que un imbécil proclamaba en esos momentos en la pequeña pantalla.

No todo era inmundicia en los programas que transmitía la televisión del reino, pero nuestra princesa tuvo la desgracia de encontrarse con lo peor. En esos momentos un cretino que se autocalificaba de "liberal" y que citaba continuamente a un tal Adam Smith, por supuesto sin haberlo leído, defendía la idea de que lo mejor que se podía hacer en todo momento era simplemente no hacer nada. Y la princesa, a muy pocas horas de ser proclamada reina, tal y como se anunció en su nacimiento, se embobó.

Al rey, a la mañana siguiente, y ya en la ceremonia de abdicación y coronación, no le gustó lo más mínimo el brillo de los ojos de su hija así como el detalle de que prácticamente no parpadease, pero prefirió suponer que esos signos se correspondían con la intensa emoción que en estos históricos momentos debería embargarla. Y con la solemnidad necesaria le pasó los símbolos del poder.

Una vez coronada, y mientras la tontuna se enseñoreaba de todo su ser, la reina dirigió sus primeras palabras como tal a su pueblo.

- Amado pueblo - dijo con emoción - mi gobierno estará basado en el sabio principio de que lo mejor es no hacer nada, por ello tomaré el nombre de Nada I, mi lema será el de "laissez-faire", y por coherencia no diré nada mas.

Y como los deseos de los soberanos son órdenes, los mandatarios del país se aprestaron a cumplir con las directrices de su nueva reina. El mensaje de la corona se recibió con distintos grados de resistencia. En las Facultades de Economía esa resistencia fue apenas perceptible pues algo parecido a eso ya se estaba enseñando por las más doctas y venerables acémilas de la institución, pero en otros ámbitos académicos y de la enseñanza en general se tuvieron que forzar realmente las cosas. Pero poco a poco se fueron imponiendo las nuevas ideas. Así la

mejor política industrial llegó a ser la que no existe, como la mejor ordenación de las ciudades se derivó de la ausencia total de planificación, y así sucesivamente.

Se eliminó cualquier reglamentación sobre los medicamentos y la gente compraba aquellos que parecía no producían demasiadas muertes, los semáforos fueron arrancados de las calles de las ciudades para que el tráfico se regulase por sí mismo, la electricidad llegaba a las casas cuando quería, y los médicos atendían a los pacientes si les daba la gana.

Pero después de eliminar toda reglamentación, los propios mandatarios se dieron cuenta de que luchar contra el hacer algo era también hacer algo, y dejaron de hacerlo. Y el "no hacer" se fue imponiendo en la mente de todos los súbditos de la reina Nada. Los agricultores dejaron de sembrar y dejaron los comerciantes de comprar y vender. Ya nadie limpiaba, ni cocinaba, ni leía, ni deseaba. Y al poco, puestos a no hacer nada, dejaron también de moverse.

Las malezas cubrieron el país de la reina Nada como el polvo fue cubriendo a sus habitantes. Las comunicaciones con el resto del mundo se anularon y desde los satélites que giraban en torno al planeta se percibían aquellos dominios como un espacio silencioso y sin vida.

El viejo ex-rey desde el mismo día de su abdicación había decidido trasladarse al país de un pariente muy cercano y desde allí seguía con gran preocupación lo que acontecía en su antiguo reino. Por supuesto que no quería interferir en lo que su hija, la reina, hacía y deshacía en lo que eran ahora sus dominios, pero no podía permanecer pasivo ante aquel desastre.

Así mandó que uno de los jóvenes más valientes de su tierra de exilio llevara un mensaje a la reina Nada. Y la carta, tras muchas vicisitudes llegó a la destinataria.

La reina Nada apartó las telarañas que la cubrían y leyó aquello que su padre la enviaba. Eran sólo unas líneas y en ellas se decía: "Hija mía, ¿no crees que eres ya suficientemente mayor para tanta memez?". Y a la reina Nada le desapareció la bobería tan de repente como le había llegado.

Al poco tiempo las malezas ya no cubrían los caminos, las leyes se aplicaban, las mercancías se intercambiaban en los mercados, y las gentes se querían. Y la reina Nada veía de vez en cuando la televisión. Le gustaban especialmente los programas de payasos en los que algún enloquecido ultraliberal hacía reír a la gente con las tontadas que decía.

